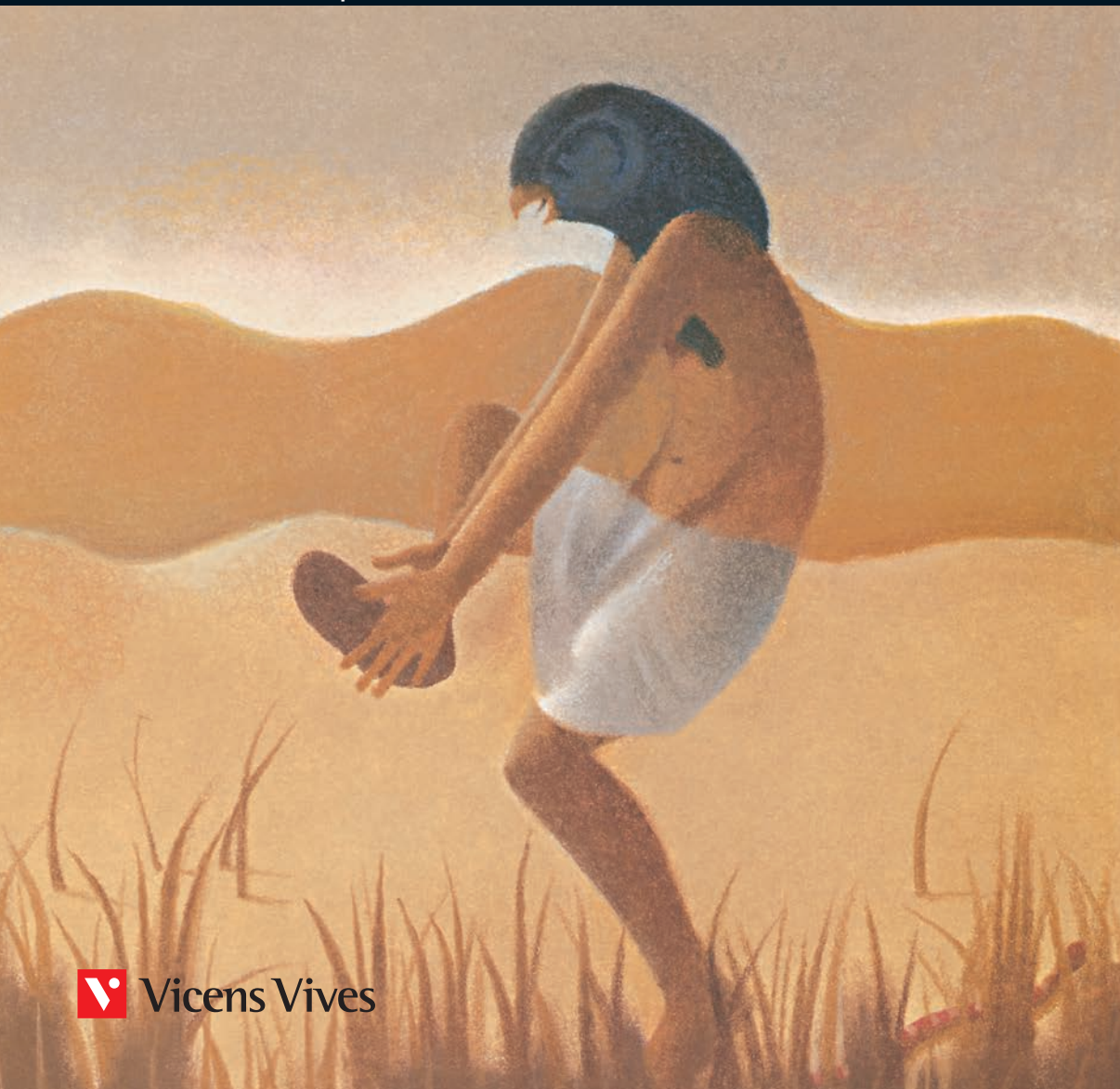


Mitos y leyendas del Antiguo Egipto

Robert Swindells

CUCAÑA

Ilustraciones de Stephen Lambert



*A Babette. Con mi afecto, por su afecto
en la duda y en la certeza.*
A. F.



Primera edición, 2017

Depósito Legal: B. 26.125-2017
ISBN: 978-84-682-1940-0
Núm. de Orden V.V.: BH44

© STEPHEN LAMBERT
Sobre el texto literario.

© ROBERT SWINDELLS
Sobre las ilustraciones.

© ALBERTO FUERTES
Sobre la traducción.

© EMILIO SALES
Sobre las actividades.

© MONTSERRAT FULLÀ
Sobre la sección «Marco histórico y cultural».

© EDITORIAL VICENS VIVES, S.A.
Sobre la presente edición según el art. 8 del Real Decreto Legislativo 1/1996.

Texto revisado por Marc Orriols, egiptólogo y profesor
de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Obra protegida por el RDL 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la normativa legal que lo modifica. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, incluidos los sistemas electrónicos de almacenaje, de reproducción, así como el tratamiento informático. Reservado a favor del Editor el derecho de préstamo público, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso de este ejemplar.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN.

Índice



Mitos y leyendas del Antiguo Egipto

Prólogo	7
El comienzo de todo	11
Hijos rebeldes	13
Un lago de sangre	18
Los dones de los dioses	22
El cofre de la muerte	25
El nombre secreto	31
La columna fenicia	39
El regreso de Osiris	46
La serpiente de Set	52
El ojo mágico	57





La venganza de Horus	62
La gran sequía	71
El rey que lo tenía todo	74
El libro mágico	79
Los dos hermanos	84
El viaje definitivo	96
<i>Las divinidades de estos relatos</i>	102
Actividades	105
Marco histórico y cultural	115



Prólogo

Hace mucho, mucho tiempo, antes de que hubiera faraones, pirámides o jeroglíficos, Egipto estaba poblado por unas gentes que vivían de la caza y la recolección, y que se agrupaban en pequeñas tribus que combatían a menudo entre sí. Habitaban una amplia franja de tierra fértil que se extendía a lo largo de las márgenes de un gran río: el Nilo. Más allá, a un lado y al otro de aquel territorio tan fecundo, se hallaba la sabana, que con el paso del tiempo se convertiría en un desierto que parecía no tener principio ni fin. El desierto era un mundo estéril, donde no crecían plantas ni podía sobrevivir ninguna criatura.

La supervivencia de los egipcios dependía de dos cosas: el río y el sol. Una vez al año, de julio a septiembre, el Nilo se desbordaba, con lo que cubría la franja habitada por los egipcios con una fértil capa de limo negro. Luego, gracias al sol, de aquel limo brotaban espontáneamente cereales y frutos silvestres. Las márgenes del río, con sus exuberantes plantas de papiros y sus esbeltos cañaverales, estaban atestadas de aves y mamíferos que servían de alimento a los cazadores. Con el paso del tiempo, los egipcios aprendieron a labrar y sembrar la tierra, empezaron a domesticar animales y, de ese modo, se convirtieron en agricultores y granjeros: plantaban sus cosechas en las márgenes del río y cuidaban del ganado. La vida se volvió más fácil. Ya no era necesario ir de acá para allá en busca de alimento. Los egipcios sustituyeron los refugios tempo-



El comienzo de todo

Hubo un tiempo, hace miles y miles de años, en que no existían la Tierra ni el Cielo. El mundo carecía de árboles y montañas, de animales y personas, pues todo estaba ocupado por una masa de bullentes aguas negras que no tenía principio ni fin, y que se hallaba bajo el dominio de un espíritu. Un buen día, aquel espíritu decidió darse un nombre a sí mismo:

—Jepri —dijo, con una resonante voz de trueno.

Y, justo en aquel instante, se convirtió en un dios extraordinariamente poderoso. La palabra «Jepri» significa ‘Aquel que se convierte en luz y vida de todas las cosas’, y eso es lo que Jepri se dispuso a hacer: convertirse en un dios creador. Primero dio forma a un gran huevo resplandeciente que se sacudía y temblaba sobre la superficie del mar. Del huevo salió Ra, un dios solar que tiene cabeza de halcón y que es más poderoso aún que el propio Jepri.

Nada más nacer, Ra ordenó al Cielo y a la Tierra que salieran de las aguas.

—Tú te llamarás Geb —le dijo a la Tierra—. Y tú te llamarás Nut —le dijo al Cielo.

Para separarlos, Ra creó a Shu, el Aire, y a continuación dio vida a Tefnut, la Humedad. Luego, la diosa Nut plantó sus pies en el este y las manos en el oeste, y formó así, con su gigantesco cuerpo, un arco sobre la Tierra. Su cuerpo, arqueado y boca abajo, se cubrió de un sinfín de gemas brillantes: las estrellas.

Todas las mañanas, Ra montaba en su barca para surcar el Cielo. Desde allí arriba, miraba la Tierra con su ojo, al que llamamos «sol». El ojo de Ra, fuente de toda luz, era tan grande y brillante que veía cuanto pasaba en la Tierra, y el dios se sentía muy orgulloso de él.

Un día, al regresar de su larga travesía por el Cielo, Ra se llevó una desagradable sorpresa. ¡Su padre Jepri tenía otro ojo! Brillaba mucho menos que el sol, pero, aun así, Ra se puso hecho una furia.

—¡Con mi ojo es suficiente para ver la Tierra! —le gritó Ra a su padre—. No necesitamos ningún otro ojo.

Jepri se indignó.

—¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono? —dijo—. Eres demasiado orgulloso, así que, para que aprendas a ser más humilde, desde hoy mismo este otro ojo alumbrará el Cielo por la noche.

A aquel sol nocturno, al que nosotros llamamos «luna», Jepri le dio el nombre de Thot y le asignó el título de «Medidor del tiempo», pues la luna iba a servir para calcular la duración de los meses. Pero Jepri no se conformó con crear un segundo ojo celeste: engendró además seis nuevos dioses, cada uno destinado a una misión concreta, y también y a los hombres y a las mujeres, a los que puso en la Tierra para que lo adorasen. Hizo que crecieran todo tipo de árboles y plantas, creó a los animales que caminan por la tierra y a las aves que surcan los cielos, a los reptiles que se arrastran por el desierto y a los peces que habitan en las aguas, y, cuando acabó de hacer todo eso, se sintió tan agotado que se retiró a descansar a los Campos de la Paz, que se encuentran más allá del Cielo.

Y así fue como, según los egipcios, comenzó todo.

Hijos rebeldes

Cuando Jepri se retiró a descansar, Ra quedó a cargo del mundo. Cada mañana, antes del amanecer, subía a su barca solar y empezaba a surcar el Nilo Celestial, que es idéntico al Nilo de Egipto, salvo en que cruza el Cielo en lugar de la Tierra. Cuando Ra zarpa, camino del oeste, los rayos de luz de su poderoso ojo bañaban la Tierra dormida y despertaban de su sueño a las criaturas. Empezaba un nuevo día. A medida que la barca avanzaba, la luz se iba volviendo más brillante e intensa, hasta que nadie en la Tierra se atrevía a mirarla directamente. Al mediodía, el calor era tan insoportable que la gente buscaba una sombra bajo la que refugiarse.

La travesía de Ra duraba todo el día. En el extremo oeste del mundo, el Nilo Celestial se convertía en una gran catarata que se precipitaba con estruendo hacia un negro abismo llamado la Duat. Ra no podía relajarse, pues corría el peligro de despeñarse con su barca por el abismo. Al pie de la cascada, aguardaban las almas de quienes acababan de morir. Ra descendía de su barca en los Campos de la Paz y se pasaba la noche sentado en un trono dorado, desde el que impartía justicia y gobernaba el Cielo y la Tierra.

El dios tenía cuatro hijos: los varones Shu y Geb, y las hembras Nut y Tefnut. Un día, Geb, la Tierra, se casó con Nut, el Cielo. Las bodas entre hermanos eran comunes entre los dioses, pero, cuando Ra lo supo, montó en cólera.

—¿Cómo os atrevéis a casaros sin mi consentimiento? —rugió.



En verdad, Ra no estaba irritado porque sus hijos se hubieran casado a sus espaldas: lo que le inquietaba era la posibilidad de que tuviesen descendencia. Ra, como todos los dioses, podía prever el futuro, y había vaticinado que, algún día, un vástago de Geb y Nut le arrebataría su poder sobre el mundo. Así que fue en busca de su hija y le dijo:

—Sé que deseas tener un hijo...

Nut asintió. En verdad, nada le apetecía más que ser madre.

—Pues yo no permitiré que ese día amanezca —añadió Ra.

Nut se desesperó. Con los ojos llorosos, empezó a decir:

—¿Por qué me tratas así, padre? ¿Acaso no te he obedecido siempre? Desde el mismo día en que nací, he mantenido las manos y los pies anclados sobre la Tierra. Sin mí, no habría Cielo, aunque su-

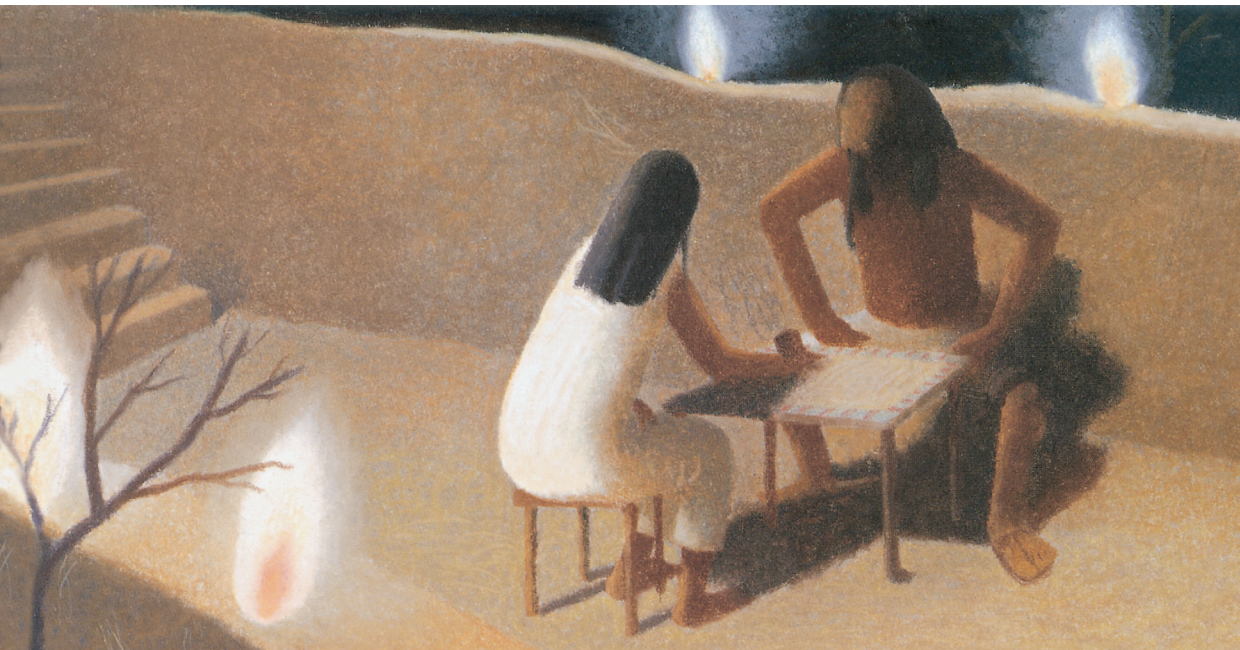
pongo que mi sacrificio no te parece gran cosa. No quiero recompensas, pero ¿por qué me niegas un hijo, si es lo único que deseo?

—Ya he dicho todo lo que tengo que decir —dijo Ra—. No volverá a amanecer en el mundo. Así aprenderás a no ser tan ingrata.

Nut rogó y suplicó, pero Ra no se dejó convencer.

«He de hacer algo», se dijo Nut. Entonces, pensó en el dios Thot, que tiene cabeza de ibis (un ave zancuda venerada por los egipcios), es el escriba del Inframundo y portador del ojo lunar. Thot se encargaba de mover la luna y de medir el tiempo, y tenía una gran afición: le encantaba jugar a los dados. Nut pensó que podía aprovecharse de aquella afición para hacer realidad sus deseos, de modo que bajó al Inframundo y le dijo a Thot:

—¿Jugamos a los dados?



—¿Te apetece perder? —se rio Thot—. Por si no lo sabes, nadie me ha ganado jamás jugando a los dados.

—Entonces yo seré la primera en conseguirlo... —dijo Nut.

—No te hagas ilusiones.

—¿Qué me darías si te ganara?

—Pide lo que quieras. A fin de cuentas, vas a perder...

—¿Qué te parece si me entregas un poco de luz de luna cada vez que te gane?

Thot aceptó. No sabía que Nut estaba dispuesta a todo con tal de ganarle, incluso a recurrir a las trampas. Y así lo hizo ella: por medio de un ritual mágico, Nut se atrajo la buena suerte. Como Thot permanecía absorto en el juego, no se percató de que Nut estaba engañándolo y fue perdiendo, una tras otra, todas las partidas. No podía creérselo. Desconcertado, le preguntaba a Nut:

—¿Cómo puedes tener tan buena suerte? ¡Es la primera vez que me pasa algo así!

Según lo prometido, por cada partida que perdía, Thot le entregaba a Nut una porción de luz de luna. Cuando Nut tuvo en sus

HIJOS REBELDES

manos toda la luz que necesitaba, anunció que había llegado la hora de terminar el juego.

—Te felicito —dijo Thot—. No pensaba que pudieras ganarme. Pero dime: ¿qué vas a hacer con toda esa luz?

Nut respondió sin vacilar:

—Voy a alargar el año cinco días.

Thot se quedó perplejo. El año, en Egipto, siempre había tenido trescientos sesenta días. Parecían más que suficientes, de modo que ¿por qué añadirle otros cinco? Pero lo peor era que, debido a la luz que le había entregado a Nut, el ojo de Thot no podría iluminar las noches en aquellos cinco días. Por eso, desde entonces, la luna mengua a lo largo del mes hasta desaparecer del Cielo y luego regresa con todo su brillo en forma de luna llena.

Cuando Ra supo que Nut había alargado el año, su cólera no conoció límites. Como los cinco días añadidos no aparecían en el calendario, Ra era incapaz de controlar lo que pasaba en ellos, así que Nut aprovechó ese breve período de tiempo para tener a sus hijos.

Nut dio a luz a dos niños y a dos niñas.

A ellos, les puso el nombre de Osiris y Set.

A ellas, las llamó Isis y Neftis.



Las divinidades de estos relatos

Amón: nombre alternativo para el dios sol Ra.

Anubis: dios del Inframundo que custodia las tumbas y las momias. Se le solía representar en forma de chacal sentado o de hombre con cabeza de chacal.

Geb: dios de la Tierra. Es hermano y marido de Nut, hijo de Shu y Tefnut y padre de Isis, Osiris, Set y Neftis.

Hapy: dios de las inundaciones. Simbolizaba la dependencia de los egipcios con respecto al Nilo, que regaba las cosechas y cubría las tierras de limo fértil.

Hator: diosa del amor y la maternidad. Se la solía representar en compañía de una vaca o como una mujer tocada con unos cuernos de vaca, entre los que resplandecía un disco solar.

Horus: dios del cielo e hijo de Isis y Osiris. Se le consideraba protector del faraón reinante, y solía representarse con un halcón o como un hombre con cabeza de halcón.

Isis: poderosa hechicera y diosa casada con su hermano Osiris. Es la madre de Horus.

Jepri: creador y padre de los dioses al que se solía representar con forma de coleóptero o escarabajo pelotero. Era también el dios solar del amanecer.

Jnum: dios alfarero que creó a los hombres con arcilla. Se le representaba como un hombre con cabeza de carnero y se le asociaba principalmente con las crecidas del Nilo y el suelo fértil.

Neftis: diosa de los muertos, esposa de Set y madre de Anubis. Ayudó a su hermana Isis a buscar el cadáver de Osiris.

Nut: hija de Shu y diosa del cielo, cuyo cuerpo formaba un arco sobre la Tierra. Nut era hermana y mujer de Geb y madre de Isis, Osiris, Set y Neftis.

Osiris: dios que enseñó a los egipcios el arte de la agricultura y la ganadería. Era a la vez hermano y marido de Isis, con quien engendró a Horus. Tras ser asesinado por su hermano, Osiris acabó convertido en dios de los muertos y del Inframundo.

Ptah: nombre alternativo para el dios sol Ra.

Ra: dios del sol, creador de dioses y mortales. Es la más grande de todas las deidades egipcias. Dependiendo del lugar donde se le rindiera culto, también se le conocía como Amón, Ptah e incluso Jepri. Se le solía representar como un hombre con cabeza de halcón tocado, por lo general, con un disco solar.

Sejmet: diosa leona de la muerte y la destrucción.

Set: dios del caos y la confusión, hijo de Nut, la diosa del cielo. Asesinó a su hermano Osiris para adueñarse del trono de Egipto. Cuando dejó de reinar, fue nombrado dios de las tormentas.

Shu: dios del aire y de la luz. Se encarga de sostener la alargada figura de Nut, la diosa del cielo, a fin de mantenerla separada de Geb, el dios de la Tierra.

Tefnut: diosa de la lluvia y la humedad. Es hija de Ra, esposa de Shu y madre de Geb y Nut. Shu y Tefnut fueron los primeros dioses que Ra creó.

Thot: dios de la escritura y del conocimiento, escriba de los dioses y divinidad del Inframundo. Thot era señor de la luna y dios de la sabiduría, y se le solía representar con cabeza de ibis.



a c t i v i d a d e s





Mitos y leyendas del Antiguo Egipto

Los orígenes del mundo

Todas las culturas cuentan con una **cosmogonía**, esto es, con un conjunto de relatos míticos que explican los orígenes del mundo. «**El comienzo de todo**» se remonta a un **tiempo en el que no había Tierra, Cielo ni seres humanos**: «todo estaba ocupado por una masa de bullentes aguas negras» dominada por un espíritu con mucho trabajo por hacer.

- 1 ¿Qué nombre se da a sí mismo este espíritu y por qué? (p. 11)
¿Cuál es su primera creación? ¿Cómo nacen el Cielo, la Tierra, el Aire y la Humedad? ¿Qué nombre reciben?
- 2 ¿Qué tiene de especial el ojo de Ra? (p. 12) ¿Con qué «desagradable sorpresa» se encuentra un día el dios? ¿Qué lección le da Jepri y con qué intención? En concreto, ¿por qué crea Jepri a los seres humanos? Luego, ¿dónde se retira a descansar?

Cuando Jepri se retira, Ra queda a cargo del mundo. Y así como él se había rebelado contra su padre, ahora sus hijos e hijas se sublevan contra él. «**Hijos rebeldes**» muestra cómo la vida surge del **conflicto** y de la **lucha entre contrarios**, y, además, proporciona una **explicación mítica** a ciertas convenciones que han llegado hasta nuestros días.

- 3 ¿Qué rutina diaria sigue Ra? (p. 13) ¿Cómo es el Nilo Celestial y dónde desemboca? ¿Quiénes aguardan al pie de la Duat?
- 4 ¿Qué hacen los hijos de Ra? (p. 13) ¿Por qué monta en cólera el dios? (p. 14) ¿Qué le prohíbe a Nut? ¿Cómo consigue ella salirse con la suya? (pp. 15-17)



- 5 Menciona qué mitos fundacionales sobre la medición del tiempo hallamos en «Hijos rebeldes» (pp. 13 y 17).

«Un lago de sangre» revela algunos de los rasgos que comparten los dioses de todas las mitologías: la **crueledad** y la **sed de venganza**, pero también la **compasión**. No en vano, las divinidades acostumbran a tener idénticas virtudes y defectos que los mortales.



- 6 ¿Qué encoleriza a Ra? (p. 18) ¿Qué le piden los dioses? ¿En qué transforma su poderosísimo ojo? (p. 19) ¿Con qué fin lo hace?
- 7 ¿Por qué Ra intenta frenar a Sejmet? (pp. 20-21) ¿Qué treta tiene que utilizar el dios? Al fin, ¿qué lección aprende el pueblo egipcio?

El ciclo de Isis y Osiris

La saga de Isis y Osiris es la más importante de la mitología egipcia. La única reconstrucción completa de este ciclo es la versión del griego **Plutarco** (s. I a.C.), la misma en la que se basan algunos relatos del presente libro. En concreto, «**Los dones de los dioses**» constituye un relato mítico sobre el **paso de la barbarie a la civilización**. Cuando a Isis y Osiris les encomiendan la tarea de gobernar las fértiles tierras del Nilo,

- 1 ¿Qué vida lleva el pueblo egipcio? (p. 22) ¿Qué le reprueban especialmente Isis y Osiris? ¿Qué conocimientos transmiten a los mortales y con qué fin? (pp. 23-24)
- 2 Como resultado de todas estas enseñanzas, ¿qué transformación experimenta el pueblo egipcio? (p. 24) ¿Con qué nombre pasa a ser conocida Osiris entre sus súbditos?

«**El cofre de la muerte**» presenta uno de los temas recurrentes en el ciclo de Isis y Osiris: su **rivalidad con Set**.

- 3 ¿Qué sentimientos alberga Set hacia sus hermanos? (p. 25) ¿Qué propósitos se hace? (p. 26) ¿Por qué no le explica a Neftis, su esposa, el «cruel engaño» que ha urdido?

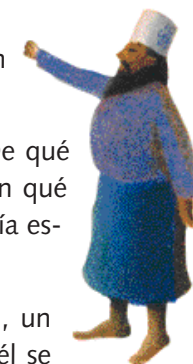


- 4 ¿Con qué argucia atrae a Osiris hasta su casa? (p. 27) ¿En qué consiste el juego de Set? (p. 28) Pero ¿cuál es su verdadero objetivo? (pp. 29-30)

Tras asesinar a su hermano, **Set se proclama rey de Egipto**, un cargo que desempeña de manera cruel y despótica. «**El nombre secreto**» relata los esfuerzos de **Isis** por sobrevivir... y por algo más.

- 5 ¿Por qué supone Isis un peligro para Set? (p. 32) ¿Quién socorre a la diosa? ¿Dónde se esconde ella? (p. 33)

- 6 ¿Para qué visita Isis los Campos de la Paz? (p. 34) ¿De qué medios se sirve para crear una serpiente? (p. 35) ¿Con qué fin la utiliza? (pp. 35-37) Averigua qué significados tenía este animal en la cultura del Antiguo Egipto.

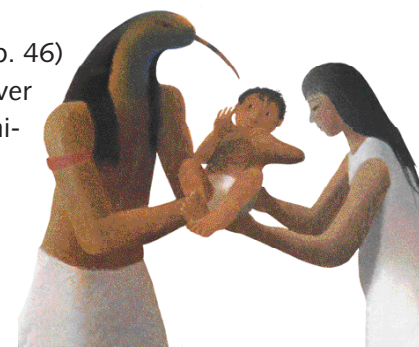


Los infortunios de Isis prosiguen en «**La columna fenicia**», un cuento más elaborado y extenso que los precedentes. En él se relatan dos episodios cruciales del ciclo: el **nacimiento de Horus** y la **búsqueda del cadáver de Osiris**.

- 7 ¿Qué esperanzas tiene puestas Isis en su hijo? (pp. 39-40) ¿Por qué busca el cuerpo de Osiris? ¿En qué se transforma la diosa, y con qué intención? Mientras tanto, ¿qué hace con Horus?
- 8 ¿Qué metamorfosis sufre el cofre donde yace Osiris? (pp. 40-42) ¿Cómo descubre Isis lo sucedido? (p. 41) ¿De qué estrategia se vale para entrar en palacio? (pp. 42-43) Asimismo, ¿cómo consigue que el rey le regale la columna fenicia? (pp. 43-45)
- 9 ¿Qué cualidades y poderes esgrime Isis en «El nombre secreto» y «La columna fenicia»?

En «**El regreso de Osiris**», Set recibe la visita de un cerdo que le revela el paradero del cadáver de Osiris. Esta escena constituye una de las escasas **pinceladas cómicas** del libro.

- 10 ¿Con qué título premia Set al gorrino? (p. 46) A continuación, ¿qué hace con el cadáver de su hermano? (p. 47) Lejos de desani-



Marco histórico y cultural de los relatos

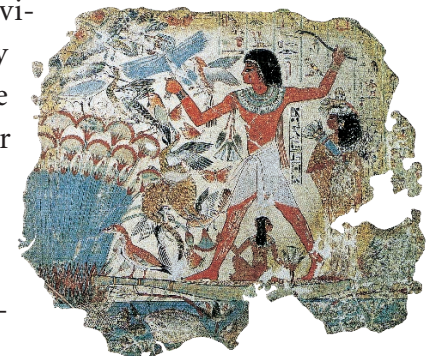




EL NACIMIENTO DEL PUEBLO EGIPCIO

La civilización egipcia ha ejercido desde siempre una extraordinaria fascinación sobre todos aquellos pueblos que, a lo largo de milenios, entraron en contacto con la cultura del Antiguo Egipto y se asombraron de sus aspectos más exóticos y misteriosos. El enigma de las fuentes del Nilo, la figura deslumbrante y omnipotente del faraón, los indescifrables jeroglíficos o los secretos que encierran las colosales pirámides atrajeron por igual a historiadores griegos, a emperadores romanos, a arqueólogos de todo el mundo y hasta al más común de los mortales.

Esta milenaria civilización, una de las más ricas y avanzadas que han existido jamás, comenzó a forjarse a orillas del río Nilo, donde ya en tiempos muy remotos, durante el Paleolítico, se establecieron varios núcleos de población que vivían de la caza, la recolección de frutos y la abundante pesca fluvial. Con el paso de los años, los egipcios aprendieron a labrar y sembrar las tierras, drenaron las aguas pantanosas para disponer de más áreas de cultivo, y construyeron diques y canales de irrigación. Cultivaban cereales, le-



gumbres y hortalizas, árboles frutales e incluso hierbas medicinales y aromáticas. Al mismo tiempo, domesticaron al perro, la vaca, la oveja, la cabra y todo tipo de aves. La vida en el Bajo Egipto, al norte del país, era sumamente dura, pero sus tierras albergaron a una sociedad productiva y pacífica, compuesta por campesinos, artesanos y comerciantes. Sin embargo, el Alto Egipto, que se extendía hacia la zona desértica del sur, seguía ocupada por pastores nómadas, acaudillados por guerreros que ambicionaban conquistar el exuberante delta.

El artífice de la **unificación** del Alto y el Bajo Egipto, que tuvo lugar hacia el año 3100 a.C., fue el rey Narmer, a quien se asocia con el legendario Menes. Con la unificación nació el Egipto dinástico, un período de más de tres mil años de historia en el que alternaron las épocas de esplendor con los Períodos Intermedios, caracterizados por las invasiones extranjeras y las crisis políticas internas.

AUGE Y CAÍDA DEL ANTIGUO EGIPTO

La primera etapa de esplendor del Antiguo Egipto es el **Reino Antiguo** (hacia 2592-2120 a.C.), que vio nacer un Estado próspero en el que se desarrollaron la escritura jeroglífica y unos sorprendentes

conocimientos técnicos que permitirían, entre otras cosas, la construcción de las pirámides. Sin embargo, el Reino Antiguo llegó a su fin cuando la sequía y la hambruna atenazaron al pueblo porque las aguas del Nilo dejaron de inundar el valle con regularidad.

La autoridad del faraón se debilitó tanto que, al fin, el monarca se vio incapaz de evitar la división del país.



Anverso de la paleta cosmética del rey Narmer, en la que se celebra la victoria del monarca sobre las poblaciones del Bajo Egipto.



En este fresco de su tumba, la reina Nefertari es conducida de la mano por la diosa Hathor.

Unos cien años después, Egipto se reunificó de nuevo y dio comienzo el **Reino Medio** (hacia 1980-1760 a.C.). A mediados de este período, los hicsos, procedentes de Canaán (los actuales Israel y Líbano), se establecieron en el delta del Nilo. Poco a poco, fueron adoptando las costumbres del pueblo egipcio y acabaron por fundar dos dinastías reales. Fueron los hicsos quienes, asimismo, introdujeron en el país las armas de hierro, los carros de guerra y los caballos, desconocidos hasta el momento en tierras egipcias.

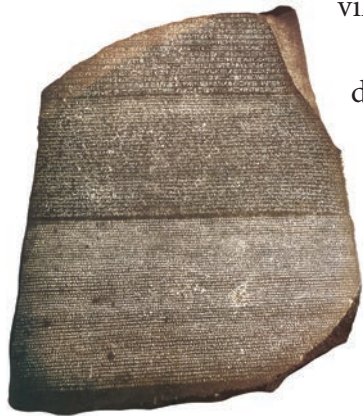
Cuando los egipcios consiguieron al fin expulsar a los hicsos de su país, dio comienzo el **Reino Nuevo** (hacia 1539-1077 a.C.). En esta ocasión, Egipto se engrandeció hasta convertirse en una potencia militar dotada de un ejército permanente que extendió sus dominios hasta Fenicia y Palestina. Los faraones dejaron de construir pirámides y mandaron edificar los majestuosos templos de Karnak y Luxor y los hipogeos, tumbas excavadas en el Valle de los Reyes y en el Valle de las Reinas. Uno de los soberanos más célebres del Reino Nuevo y de todo el Antiguo Egipto fue Ramsés II el Grande, el último gran faraón.

A lo largo de su largo y fructífero reinado (hacia 1279-1213 a.C.), desarrolló una gran actividad arquitectónica, organizó un poderoso ejército y luchó contra los hititas, un pueblo procedente de la península de Anatolia (hoy Turquía). La Gran Esposa Real del faraón Ramsés II, Nefertari, desempeñó un papel esencial en el culto religioso y la política exterior.

A partir del siglo VII a.C. Egipto cayó en una decadencia de la que ya no resurgiría. Primero sufrió la invasión de los asirios y los persas, y posteriormente, en el IV a.C., la del macedonio Alejandro Magno. La última reina del Antiguo Egipto fue la legendaria Cleopatra: tras su suicidio, en el 30 a.C., el país se convirtió en una provincia del Imperio romano. En el siglo VII Egipto fue ocupado por los árabes y permaneció durante largos años bajo el dominio islámico. Posteriormente, pasó a formar parte del Imperio otomano. La gloriosa civilización egipcia había quedado arrumbada, sus construcciones, cubiertas por las arenas y su escritura, olvidada.

EL RESURGIMIENTO DE UN MUNDO PERDIDO

A finales del siglo XVIII, Egipto se convirtió en un país codiciado por las grandes potencias coloniales a causa de su posición geográfica estratégica. En 1798 Napoleón Bonaparte llegó a tierras egipcias al frente de las tropas francesas. Les acompañaban un grupo de historiadores que, durante dos años, hicieron diversas expediciones arqueológicas y se aplicaron al estudio sistemático de la civilización del Antiguo Egipto.



La piedra Rosetta reproduce un decreto de Ptolomeo V de 196 a.C.

A lo largo de los años, numerosos expedicionarios procedentes de Francia, Alemania, Inglaterra o Italia visitaron Egipto para excavar sus yacimientos infatigablemente. Entre los egiptólogos más célebres destacan el filólogo francés **Jean-François Champollion** (1790-1832) y el arqueólogo británico **Howard Carter** (1874-1939). Champollion dedicó muchos años al estudio de la piedra Rosetta, un fragmento de una antigua es-



Tras acceder a la cámara funeraria de Tutankamón, Carter descubrió cuatro capillas doradas, cada una en el interior de la otra; en la más pequeña se hallaba un sarcófago de cuarcita que contenía en su interior tres sarcófagos antropomorfos. En la fotografía vemos al egiptólogo retirando la capa de betún que cubría el tercero de los sarcófagos.

tela que reproduce el mismo texto en escritura jeroglífica, demótica y en griego clásico. Dado que el griego era una lengua bien conocida, el lingüista francés pudo descifrar al fin la escritura jeroglífica, hasta ese momento impenetrable. Con su hallazgo nacía la egiptología moderna.

Carter, a su vez, descubrió la tumba de Tutankamón. El 16 de febrero de 1923 el británico, acompañado de Lord Carnarvon, el mecenas que financiaba su expedición, encontró la entrada de la cámara funeraria del Valle de los Reyes donde yacía el soberano. Tutankamón (1336-1327 a.C.) había subido al trono cuando solo contaba nueve años y murió en torno a los dieciocho tras reinar sin pena ni gloria. Su tumba distaba mucho de ser excepcional, pe-

ro una parte permanecía intacta, igual que las ofrendas y joyas que albergaba en su interior. La belleza, la exuberancia y el valor de estos tesoros conmocionaron al mundo entero, y el hallazgo de Carter quedó envuelto en un halo de leyenda y superstición que la ciencia se ha esforzado en borrar.

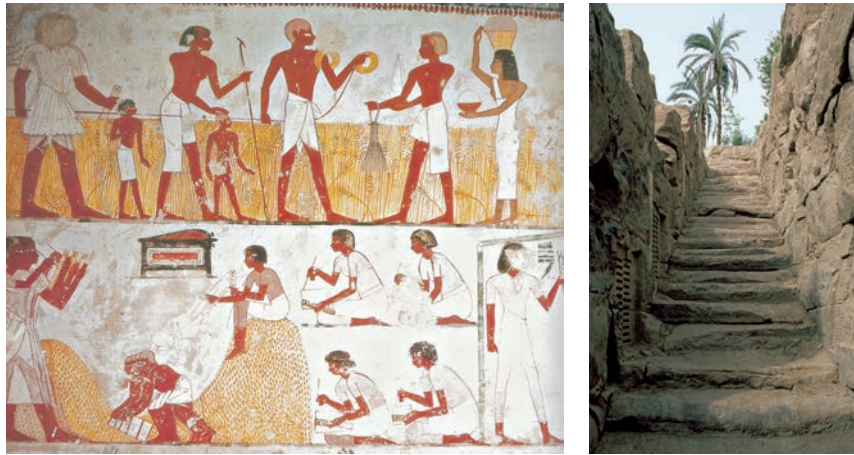
EGIPTO, UN DON DEL NILO

El historiador griego Hecateo de Mileto (s. VI a.C.) describió el país como «un don del Nilo». Y es que, como hemos visto, la deslumbrante civilización egipcia se forjó gracias a la riqueza de su agricultura, propiciada por las avenidas del río. Con todo, la vida de los campesinos no era fácil, pues su suerte dependía por entero de la intensidad de aquellas crecidas. Además, los agricultores tenían la obligación ineludible de pagar impuestos en especie al faraón, amo y señor del territorio. A partir del Reino Antiguo, las familias que no entregaban al soberano la cosecha estipulada por los escribas sufrieron castigos muy duros.

Durante mucho tiempo el nacimiento del Nilo y el origen de sus crecidas constituyeron un enigma impenetrable que llegó a convertirse en una obsesión para los aventureros. Por fin, a mediados del siglo XIX, el británico John Hanning Speke afirmó haber encontrado las fuentes del Nilo en el lago Victoria, un hallazgo que más tarde corroboraría Henry Morton Stanley. En verdad, el caudal del río procede de la unión del Nilo Blanco, que llega del lago Victoria, y del Nilo Azul, que nace en el Macizo Etiópico (Etiopía); ambos ríos confluyen en la ciudad sudanesa de Jartum.

Las crecidas del Nilo, vitales para el desarrollo de la agricultura egipcia, son fruto de las copiosas lluvias tropicales que nutren el Nilo Azul desde primeros de junio hasta septiembre u octubre. Antiguamente, cuando las aguas se desbordaban, inundaban las tie-





En este fragmento de un fresco se reproducen parte de las tareas agrícolas: en la franja superior, los agrimensores miden la extensión de los sembrados; en la inferior, los escribas anotan las cantidades cosechadas para calcular los impuestos. Con objeto de evaluar la altura de la crecida del Nilo y fijar así los impuestos, los egipcios construyeron «nilómetros», escaleras con marcas en las paredes por donde subían las aguas del río.

rras y hasta se llevaban a su paso aldeas enteras; si, por el contrario, eran escasas, los campesinos tenían que conformarse con recolectar una cosecha muy pobre. Para evitar que las inundaciones hicieran estragos en la población, así como para ampliar las tierras cultivables y aprovechar las aguas al máximo, los egipcios construyeron presas y una red de canales que almacenaban el agua y la distribuían por nuevas tierras de regadío. Durante el mes de octubre, las aguas de las crecidas se retiraban y los campesinos comenzaban a sembrar los campos, cubiertos ya de un limo oscuro y fértil que contrastaba con la tierra roja y letal del desierto. El principal cultivo era el trigo, pero también se sembraba mucha cebada para elaborar la cerveza. La cosecha se recogía entre abril y mayo y el grano se almacenaba en grandes depósitos. En la actualidad, las crecidas del río están reguladas por la Presa Alta de Asuán, situada después de la primera catarata del Nilo.

No solo las orillas del río bullían de actividad: por sus aguas navegaban numerosas barcas fabricadas con manojos de papiro atados en las que se trasladaban personas y mercancías. Unas enormes barcazas transportaban los bloques de piedra con los que se construían las pirámides, pero también llevaban obeliscos, los monolitos de granito que se colocaban en la entrada de los templos. Los nobles, los sacerdotes y los faraones navegaban en embarcaciones más lujosas, elaboradas con una carísima madera de cedro procedente de Fenicia (hoy Líbano).



Las barcas no tardaron en alcanzar un profundo sentido simbólico porque en ellas se conducía a los muertos hasta su última morada terrenal. Desde allí el difunto emprendía su último viaje hacia los Campos de la Paz. Por tanto, todas las tumbas debían tener una barca funeraria en un lugar destacado.

UN MUNDO DE DIOS: EL COMIENZO DE TODO

Los antiguos egipcios, como tantos otros pueblos, recurrían a una interpretación mítica denominada **cosmogonía** para dotar de sentido al mundo que los rodeaba. La cosmogonía egipcia, en concreto, nació de la necesidad de dar una explicación a los fenómenos naturales, pero también de otorgar a los faraones una genealogía divina. Así, estaba formada por un conjunto de relatos míticos que incluían todos los aspectos posibles, desde el nacimiento de las deidades y del pueblo egipcio hasta la ilimitada autoridad real.

El pueblo egipcio concebía la religión como un componente más de su vida cotidiana. Las deidades tenían una existencia tan real como el resto de las cosas, y la gente se relacionaba a diario con ellas, hasta el punto de negociar las ofrendas que les harían en el caso de que sus ruegos se vieran satisfechos.

Mitos y leyendas del Antiguo Egipto



Los mitos del Antiguo Egipto surgieron de las creencias religiosas de aquel pueblo milenario y sirvieron de sustento a su fascinante civilización. En los relatos recogidos en este volumen se nos habla de cómo el espíritu Jepri creó el mundo y dio vida a Ra, el omnipotente dios del Sol. Nada más nacer, Ra ordenó al Cielo (Nut) y a la Tierra (Geb) que emergieran de una masa de aguas negras y los separó mediante el Aire (Shu) y la Humedad (Tefnut). Pero Nut y Geb se enamoraron y, contraviniendo la voluntad de su padre Ra, se casaron y tuvieron a dos niños, Osiris y Set, y a dos niñas, Isis y Neftis. Osiris e Isis enseñaron a los hombres a cultivar la tierra y les proporcionaron todos los conocimientos con los que forjaron la civilización más extraordinaria que ha conocido jamás la humanidad. Pero esa vida próspera y apacible quedó alterada por la envidia y el ansia de poder de Set, un dios sin escrúpulos que asesinará a su hermano Osiris y perseguirá sin piedad a Horus, el hijo de Isis y Osiris. La astucia y la fuerza del amor de Isis lograrán salvar a Horus y convencer a Ra para que lo designe rey de Egipto. La intriga, la magia y los prodigios constituyen los principales mimbres de estos cautivadores relatos, entre los que se incluyen tres leyendas protagonizadas por personajes históricos y un cuento que narra el pavoroso viaje al Inframundo.

La presente selección, narrada por el laureado escritor británico **Robert Swindells** e ilustrada por **Stephen Lambert**, cuenta con un apéndice de la profesora **Montserrat Fullà** en el que se describe con gran amenidad el marco histórico y cultural de estos relatos mitológicos.



Vicenc Vives
www.vicensvives.es



ISBN: 978-84-682-1940-0



9 788468 219400

11617